SEGUNDA PARTE.

SENTIMIENTOS DE MARIA RESPECTO DE LA IGLESIA, Y DE LA IGLESIA RESPECTO DE MARIA.

8. Al hacer Jesucristo su testamento sobre la cruz, nos legó á María por Madre y á Dios por Padre.

Veamos aun otro título sagrado, por el que somos hijos de María.

San Pablo dice, que al morir Jesus hizo su testamento; y San Ambrosio, comentando este grande pensamiento del Apóstol, nos dice: ¿Queréis saber qué hizo Jesucristo, en qué pensó y se ocupó durante tres horas que permaneció sobre la cruz? ¡Oh exceso de incomprensible amor! Cubierto de oprobios, amargado con la hiel, lleno de angustias y de dolores, no despreciaba á los mismos hombres que tanto le hacian sufrir! y próximo á morir les declara su última voluntad, disponiendo en su favor de todo aquello que su Eterno Padre habia puesto en sus omnipotentes manos. Padre tan generoso como tierno, mira á todos sus hijos, y sin olvidarse aun de los más ingratos, dicta con todas las formalidades de estilo su testamento público y doméstico (1).

Nada en efecto falta á lo necesario de un verdadero testamento. El mismo testador dicta su voluntad, y los herederos se encuentran allí presentes, en virtud de fundados derechos, en las personas de sus procuradores.

1 "Condebat in cruce Dominus non solum publicum, sed et domes-"ticum testamentum."

Los soldados romanos, representan al pueblo gentil; los habitantes de Jerusalem, al pueblo judío; las santas mujeres á los justos. San Juan á los inocentes, los ladrones á los pecadores, y la Magdalena á todos los penitentes: todos los pueblos, los sexos de todos los hombres, cualquiera que sea el estado y condicion de su alma, asisten á aquel solemne acto, que por todos se hace. Pero San Juan, representa aún un carácter más importante, prosigue San Ambrosio, porque hace de notario público, de gran canciller de la Iglesia, que recibe y grita las palabras del Señor, y al mismo tiempo las testifica y confirma: ¡Digno testigo de un testador tan grande! (1)

En verdad; despues de haber redactado San Juan en su Evangelio sublime, el precioso y divino testamento de nuestro Divino y Glorioso Padre; despues de habernos asegurado, que el augusto testador habia muerto verdaderamente, el Evangelista, poniendo todo esto en forma de acto público y de instrumento auténtico, al firmarlo declara bajo la fé de juramento, que todo lo que escribió lo vió con sus propios ojos y oyó con sus propios oidos, y que su testimonio, es sincero verídico y fiel. *Et qui vidit testimonium perhibuit, et scimus quia verum est testimonium ejus (Joan.* XXI).

Segun el mismo San Juan, uno de los artículos de ese inefable testamento, contiene la disposicion de que su Santísima Madre fuera Madre de todos sus discípulos, y de que todos sus discípulos fueran hijos de su Santísima Madre: *Ecce filius tuus, ecce mater tua.*

María no nos hubiera engendrado realmente por hijos, por medio de su amor y sus dolores, si en virtud de la disposicion testamentaria de nuestro amable Salvador, no nos la hubiera dado por Madre; porque al decir á Juan "Ved á nuestra Madre," fué como si hubiera dicho Jesucristo: "Ya os lo he prometido, y no le debeis olvidar, que no os he de dejar huérfanos sobre esta tierra; *Non relinquan vos orphanos;* y el tiemqo ha llegado de cumpliros esta promesa. Al encomendaros á mi Eterno Padre, dejándoos en sus brazos como si fuéseis yo mis-

1 "Testabatur in cruce Dominus, et testamentum suum condebat "Joannes, dignus tanto Te statore testis."

mo; *Pater, in manus tuas commendo Spiritum meum* (Luc.), os doy por Padre á mi mismo Padre; y vosotros tendréis en El, un Padre nuevo que os reengendrará á la vida, que os destruyó vuestro primer padre Adam. Pero todo esto no satisface á mi amor. Si no os diera más, huérfanos os quedaríais por parte de Madre, no pudiendo invocar á Eva, quien al daros la vida os habia traido la muerte. Para que tengais una Madre nueva, como tendreis un Padre nuevo, os dejo á mi propia Madre, y vosotros conoceréis en María á la Madre que os falta, á quien os confio y encomiendo, teniendo de esta suerte ya asegurados un Padre y una Madre para la vida espiritual, como los habeis tenido para la vida corporal. Nunca os faltarán estos nuevos, siempre los encontraréis á vuestro lado; y podréis en cualquier tiempo de la vida y en el momento de la muerte, arrojaros en sus brazos, seguro de que os recibirán, abrazarán y amarán como si fuese yo mismo, por que os he cedido mi lugar; é identificándoos con mi misma persona, no podrán ménos que reconoceros por hijos, como si yo mismo fuese.

De esta suerte he provisto á todas vuestras necesidades y á toda especie de consuelo: de este modo es como despojándome de todo, lo he legado á favor vuestro; nada más tengo que daros, porque os he dado á mi propio Padre y á mi propia Madre. Mi herencia es completa, mi testamento está concluido y todo está consumado. *Consummatum est.* No me queda sino un soplo de vida; recibidle tambien y vivid con mi muerte, que ya estais enriquecidos y sois felices con mi amor." Diciendo esto inclinó la cabeza y entregó el espíritu. *Et inclinato capite tradidit spiritum.*

9. Eficacia de las palabras que Jesucristo dirige á María y á Juan, y sentimientos que nacen en los corazones de la Madre y del discípulo. El amor de la Iglesia hácia María, ha nacido de las palabras de Jesus.

Pero observemos todavía, que la grandeza de este precioso testamento nace de la persona que le otorga. Un testador que no sea sino hombre puro, puede muy bien al morir recomendar á algun amigo, á su propio padre ó

á su propia madre; podrá muy bien decir: Madre, os recomiendo á este amigo, miradle como hijo; y decir al amigo: os encomiendo á mi madre, miradla como á vuestra propia madre. Pero estas palabras, aunque manifiestan la voluntad y los deseos del testador, no pueden crear sentimientos maternales y filiales en los corazones de la madre y del amigo. Bastante experiencia tenemos de que semejantes deseos quedan frecuentemente en olvido; es muy comun que los deseos del testador no queden sino sobre el papel testamentiaro, para que conste la solicitud del que los emitió, y la insensibilidad de los que fueron encargados de su ejecucion.

Pero el testamento de Jesucristo es el testamento de un hombre que al mismo tiempo es Dios, y por consiguiente, es el acto de una voluntad omnipotente que produce todo lo que quiere, y cuya palabra obra todo lo que nombra, cuyos deseos son realidades y cuyas palabras son creaciones.

Al pronunciar, pues, no con un acento de hombre que suplica, sino con el de un Dios que manda, aquellas palabras: "Mujer, mira á tu hijo; mira ahí á tu madre," obró una revolucion completa en los corazones de la madre y del discípulo. Estas palabras se repitieron con un eco omnipotente y eficaz en ambos corazones, y obraron y realizaron los prodigios que espresaban su significacion. María sintió en aquel momento un corazon de Madre para la Iglesia, y Juan un corazon de hijo para María: sintiéronse conmovidos hasta el fondo del alma, formados y hechos un todo, segun los sentimientos del nuevo cargo que acababan de recibir. Sintióse María desde aquel instante revestida é impresionada con los sentimientos de la mas tierna Madre respecto de la Iglesia; y la Iglesia, representada por Juan, se encontró á su vez penetrada de los sentimientos del más tierno afecto y filial ternura respecto de María. Esto fué lo que el Evangelio nos ha espresado con estas palabras: "Desde aquel momento el discípulo recibió á María como cosa propia; *Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua;* es decir, que desde entonces la Iglesia entró en posesion del amor maternal de María, y María del amor maternal de la Iglesia.

He aquí la verdadera data del amor de la Iglesia para

María. Este amor no ha nacido en Roma, sino en Jerusalem; no salió del Vaticano, sino del Calvario; no es amor de ayer, ni de la edad media, sino que data de la hora misma en que Jesucristo murió sobre la cruz: se remonta hasta los instantes del nacimiento de la Iglesia al pié de la cruz.

Esto esplica por qué la herejía no puede repeler el tiernísimo amor de María Santísima, sin ponerse en abierta oposicion con los antiguos monumemtos del cristianismo; porque sin disputa, en los primeros siglos de la Iglesia, hubo más fervor hácia María, que en los siguientes: y los padres del tiempo de los Apóstoles, como San Dionisio Areopagita, San Ignacio mártir y San Irineo, hablaron con mas énfasis de la Santísima Vírgen, que los Padres posteriores.

En las Catacumbas de Santa Inés, que se escarvan actualmente en Roma, y cuya antigüedad se remonta hasta el primer siglo de la fé, se encuentran por todas partes, en las paredes y sobre los altares, las imágenes de María con el Niño Jesus en los brazos; pruebas sin réplica de la antigüedad del culto de las sagradas imágenes en general, y de la devocion, celo y amor en particular de los primeros cristianos hácia María.

Por otra parte, ese amor no ha sido superficial y estéril, sino profundo y eficaz. Atended á las fiestas que la Iglesia ha instituido, á las prácticas que ha observado, á las oraciones que la ha consagrado' y á los monumetos religiosos que ha dedicado en honor de María; observad el culto que la tributa, los títulos que la prodiga, la confianza con que la invoca, y la ternura con que los fieles saludan á María á todas horas: ved el gusto, la felicidad y el regocijo con que la Iglesia celebra las fiestas de María, recuerda sus grandezas, defiende sus privilegios, exalta sus méritos é implora su proteccion. Por último, el amor de la Iglesia hácia María tan antiguo y profundo, es tambien universal y comun á todos los pueblos cristianos. En el nuevo como en el antiguo mundo; entre los antiguos como entre los fieles recien convertidos; en las iglesias griegas como en las latinas; entre las naciones civilizadas como entre las que no han salido del seno de la barbarie; entre todos los cristianos de todos tiempos y

lugares, se encontrarán los mismos sentimientos, el mismo corazon, la misma devocion, y el mismo amor para María Santísima.

A la verdad, que un amor semejante, tan antiguo como arraigado, tan tierno, tan industrioso, tan constante y tan vivo, no se esplica por razones particulares y humanas. El fanatismo y la supersticion habrán podio abusar, pero ellos ciertamente no han podido crear, y mucho menos hacer que haya podido subsistir por mas de diez y ocho siglos el mismo culto en comarcas tan lejanas las unas de las otras, y entre pueblos tan diferentes entre sí por el idioma, por las costumbres y por los grados de su civilizacion. El fanatismo y la supersticion son impotentes para producir efectos constantes, uniformes y duraderos; y el prodigio del amor de María Santísima, porducido por la supersticion y el fanatismo, seria todavía más grande é incomprensible que el que realmente le produjo, y cuyo hecho el orgullo ciego y estúpido de la incredulidad y de la herejía rehusa admitir. El amor de la Iglesia para María, es el reflejo del Espíritu de Jesucristo mismo, que habiéndose quedado en la Iglesia, no solo es su alma, su vida y su luz, que le inspira la fé de las doctrinas, sino que tambien le comunica el celo y amor para las prácticas de piedad y de religion.

En efecto, solo por la sublime palabra pronunciada en el Calvario, y que creó en María un corazon de Madre para la Iglesia, y en la Iglesia un corazon de hijo para María; por aquella palabra, digo, es cómo se esplica todo lo que vemos relativo á ese tiernísimo amor, cuya espresion por parte de la Iglesia nunca será excesiva.

Así como los hombres no nacen á la vida natural, sino en virtud de la palabra del Creador, que desde hace seis mil años se repite con un eco omnipotente en toda la humanidad: "*Creced y multiplicaos, y llenad la tierra,*" así tambien los fieles, no nacen á la vida moral del amor de María, sino en virtud de la palabra del Redentor, que hace más de diez y ocho siglos se repite en la Iglesia: "Mujer, ved ahí á vuestro hijo:" por esa palabra divina, la Iglesia siempre ha visto en María á su verdadera Madre, reconociendo en su amor, despues del de Jesucristo, el bien;

la gloria y las delicias que ha traido consigo la redencion, *Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.*

Mas las dulces palabras de nuestro Divino Salvador, que acabamos de esplicar, se prestan todavía á dos reflexiones prácticas, que os voy á exponer, para que esta homilía sea al mismo tiempo un objeto de edificacion y de instruccion.

10. Las palabras de Jesucristo deben tenerse como una ley, para que el verdadero cristiano, sea el hijo afectuoso de María. Estupidez de los herejes al blasfemar del culto que la Iglesia tributa á María Santísima. Miseria de la pretendida religion de los reformadores.

Observad á este propósito, hermanos mios, cuánta majestad y grandeza se encierra en la espresion del amor inefable de nuestro adorable Salvador. La palabra: "Ved haí," no es por cierto una palabra que importe una súplica, sino que espresa un mandamiento de autoridad y de poder. Cuando Jesucristo dijo á María: "Mujer ved ahí á vuestro hijo," y á Juan: "Ved ahí á vuestra Madre," no quiso Jesucristo anunciar un deseo, sino que promulgó una ley; no habló solamente como hijo de María y como Maestro de Juan, sino que impuso un precepto como Señor, como Rey y como Dios. Fué como si hubiera dicho: "Mujer, como hijo, yo te pido; pero como Hijo de Dios, te ordeno, que ames á la Iglesia como á tu propia hija; *Mulier, ecce filius tuus.* Y á tí, discípulo amado, en quien la Iglesia está representada; como tu Dios y Señor, te mando que mires y honres á María, como á vuestra Madre. Esta es mi voluntad, que tendréis entendida para que la cumplais.

De esta suerte, desde entónces el amor filial hácia María, es una de esas leyes morales, que habia prometido Dios escribir en los corazones de sus verdaderos discípulos; *Scribam leges meas in cordibus eorum* (*Hier.*, XXXI); y por consiguiente, los que no experimentan en su corazon los sentimientos del amor filial hácia María, extranjeros á esa tiernísima ley, no son verdaderos discípulos de Jesucristo.

Debemos entender, que la gracia que nos ha hecho católicos, ó verdaderos discípulos de Jesucristo, nos ha formado en el amor de María; y que así como no hay catolicismo verdadero, sin el culto afectuoso de María, así tampoco puede encontrarse ese culto fuera del catolicismo.

Al decir Jesus á Juan: "Ved ahí á vuestra Madre," puso en los corazones de todos los verdaderos discípulos de la Iglesia, los sentimientos de ternura, y ese instinto de amor ardiente, celo é inclinacion á la confianza que todos los cristianos sienten hácia su Santísima Madre; de modo que, desde el instante en que el hombre se hace cristiano, propiamente estas dos calidades de discípulo amado de Jesus, y devoto de María, vienen á ser dos cosas correlativas é inseparables, que la una prueba á la otra, y que no pueden subsistir desunidas (1).

Todos los pretendidos cristianos que carecen de las disposiciones del corazon, que la palabra omnipotente del Hijo de Dios puso como una señal de distincion para que se conociesen sus verdaderos discípulos; todos esos pretendidos cristianos, creados en la escuela de Calvino ó de Jansenio, que se escandalizan del culto que la Iglesia Católica tributa á María y que declaman contra las prácticas de veneracion, amor y confianza que se la rinden; todos esos pretendidos cristianos, que no aman á María Santísima, sino que por el contrario, la desprecian y aun odian, ni pueden llamarse discípulos amados de Jesus, ni verdaderos cristianos: el cristiano, el discípulo amado del Salvador, en virtud de la ley de su Divino Maestro, debe ser hijo devoto de María.

Ellos podrán ser como Pedro, que niega á su divino Maestro; como Tomás, que no cree la resurreccion; como los discípulos que le abandonan, ó como Judas que

1 "Esto os esplica el fenómeno, que no por ser singular y tierno, deja de ser verdadero; y consiste en que todo infiel, todo incrédulo y hereje, que abraza ó se convierte al cristianismo, siente como de golpe los impulsos más dulces y tiernos hácia María. Esto es, porque por el bautismo, ó por su reconciliacion con la Iglesia, se hacen verdaderos discípulos, discípulos amados de Jesucristo, y reciben á la vez todas las gracias habituales, y todo los sentimientos propios á su estado; y en esas gracias, reciben la inclinacion de amor y respeto filial hácia María, porque Jesucristo estableció como ley ese amor y respeto en sus discípulos amados; *Dicit discipulo quem diligebat: "Ecce Mater tua."*

traiciona y vende á Jesus; pero mientras permanezcan en las disposiciones diabólicas de su corazon respecto de María, nunca serán como Juan, el discípulo fiel de Jesucristo, que jamás se apartó de su divino Maestro, y que mereció el nombre de discípulo amado; *Discipulus quem diligebat Jesus.*

Por la misma razon que esos desgraciados no sienten palpitar su corazon de alegría al nombre de María, ni esperimentan ningun sentimiento tierno hácia la Madre de Dios, no son sus hijos, ni son de su descendencia; y como fuera de la generacion santa de María, que se remonta de María á Jesucristo, no existe otra generacion que la de la serpiente, los enemigos personales de María pertenecen necesariamente á esta desgraciada generacion.

Sensible nos es, y no quisiéramos articular y pronunciar semejante censura contra los herejes; pero no es posible pensar de otra suerte á vista de los terminantes testos de los Libros santos que acabamos de esponer. ¿No es Dios mismo quien ha dicho, que existe una enemistad irreconciliable entre las dos generaciones? Hacerle la guerra á la raza de la *mujer*, precisamente por motivo de que esa mujer santa es cabeza de la generacion de Jesucristo, es declararse por parte de la raza opuesta, es decir, es participar del espíritu de la serpiente, y haciendo causa comun con ella, manifestar que se pertenece á su descendencia.

Sin duda que el cristianismo no consiste solo en una devocion entusiasta por María; pero así como la respiracion, dice San German, no es la vida sino el indicio y el signo cierto de la vida, así tambien el amor y devocion á María Santísima, es el signo é indicio seguro del discípulo de Jesucristo

Por lo dicho, hermanos mios; no os dejeis engañar por los modernos fariseos, tan falsos é hipócritas como los fariseos del judaismo: no os dejéis alucinar por sus sofismas, críticas y blasfemias contra el culto que la Iglesia católica tributa á María.

A creerles, no condenan este culto sino por interes de la pureza del cristianismo, de la gloria de Dios y del honor de Jesucristo, á cuyo interés, segun ellos se esplican, es contrario el culto que los católicos tributan á la Santísima Vírgen. ¡Mentira! Esos sentimientos son generalmente efecto de la mas deplorable ignorancia del verdadero espíritu del cristianismo, y mas comunmente, del orgullo, de la hipocresía y del error. El espíritu y la misma letra del Evangelio está perfectamente conforme con la devocion á María Santísima. El Evangelio es quien nos dice: que colocado Jesus sobre la cátedra de la cruz, ordenó de la manera mas clara, precisa y formal, que María viese á Juan, y en su persona, segun se ha dicho, á todos los discípulos de Jesucristo, como á sus hijos; y á estos que mirasen y honrasen á María como á su Madre. Esta es la significacion más lógica, sencilla y natural de las tiernas palabras del Salvador: "Mujer, ved ahí á vuestro hijo; discípulo, ved ahí á vuestra Madre." No puede ciertamente admitirse otra.

Por último, no han sido sino los novadores y maestros de la herejía y de todas las sectas rebeldes á la Iglesia, no han sido sino los protestantes y pretendidos filósofos; los incrédulos y todos los enemigos de la religion, quienes se han puesto de acuerdo para censurar y blasfemar contra las demostraciones sencillas y piadosas con que los pueblos católicos demuestran su amor á María. No siendo estos desgraciados, discípulos verdaderos, discípulos amados de Jesucristo, no es de admirarse que no experimenten en sus corazones los dulces sentimientos que experimentan los hijos de María, como consecuencia de la ley de amor, publicadas en el Calvario.

Más que para ser escuchadas, son para dolerse esas censuras que en sus arrebatos sacrílegos dirigen los enemigos de la religion contra la piedad católica que honra á María. Creense ver mejor que los otros en medio de su ceguedad; júzganse maestros, y no hay mujer, por sencilla que sea que con su catecismo en la mano no pueda darles lecciones sobre el verdadero espíritu del Evangelio. Dejemos; pues, á esos hombres, con su decantada religion de espíritu, y estémonos á nuestra religion de corazon; dejé, mosle con su religion del Sinai, y estémonos con nuestra religion del Calvario: esténse en buena hora con su pretendida religion de la Biblia y del raciocinio; religion que no conoce las dulces emociones del alma y los sentimientos delicados del corazon; religion indiferente co-

mo el exámen, fria como la razon, sombría como la duda, dura como el error, vacía como la nada, desgarradora como los remordimientos, funesta como la desesperacion; religion, por último, que no les dejará comprender todo lo que hay de delicioso para el justo, de consolador para el pecador, de honroso para el cristiano, y de glorioso para el hombre que ve en la Madre de Jesucristo su propia Madre. Nosotros, entre tanto, derramando lágrimas sobre la ceguedad y miseria de esas almas extraviadas, continuemos por el fervor de nuestros sentimientos, y por la felicidad y constancia de nuestro culto hácia María, gustando de las dulzuras, de las delicias y encantos de la verdadera piedad católica, que es la flor preciosísima de la verdadera religion.

11. El hombre no podrá ser hijo de María, mientras no sea verdadero discípulo de Jesucristo, semejante á San Juan por la pureza de costumbres y por el valor de la fé. Necesidad de no separar la devocion á María, de la imitacion de sus virtudes y del cumplimiento de todos los deberes como cristianos.

La doctrina que acabo de esplicar, dá lugar todavia á otra conclusion; es decir: que así como no se puede ser verdadero discípulo de Jesucristo, sin ser hijo consagrado á María, así tampoco se puede llegar á ser verdadero hijo de María, sin ser discípulo bien amado de Jesus. Porque señalando á San Juan, dijo el Señor á María: "Mujer, ve ahí á tu hijo." Y de este modo ha declarado, que los verdaderos hijos de María, son los que se parecen á San Juan, por la pureza de sus costumbres, y por su constante fidelidad á Jesucristo.

En primer lugar, San Juan era inocente, virgen y puro; y segun los Padres, el mérito de su inocencia, de su pureza y de su virginidad, fué lo que le valió, de parte del Hijo de Dios, la insigne honra de recibir en depósito el tabernáculo vivo de Dios sobre la tierra, la más augusta reliquia, el más precioso tesoro; su propia Madre: *Matrem virginem virgini commendavit (Beda, ex sancto Hieronymo et aliis).*

En vano, pues, hasta el mismo católico redoblara sus prácticas de devocion hácia María, si no las acompaña

con la observancia de la castidad de su estado, la más bella de las virtudes del Evangelio, la flor de la vida cristiana, la primera de las leyes de los verdaderos discípulos de Jesucristo. El católico que separa la devocion á María de la observancia de la castidad, no es un verdadero discípulo de Jesus; y por consiguiente, tampoco será cristiano á quien María debe mirar como á hijo suyo. El ayuno del sábado, el oficio de la Vírgen, el rosario, el escapulario, y la medalla, son obras excelentes que caminan perfectamente con el exacto cumplimiento de todos nuestros deberes; más separados de la práctica de estos deberes, pueden, sí, exponernos á grandes errores y á ilusiones en gran manera deplorables, pero no salvarnos. María no cuenta en el número de sus hijos predilectos, sino á aquellos cuya vida es conforme á las doctrinas y á las leyes de su hijo predilecto Jesucristo.

En segundo lugar, Juan llevó su fidelidad á su divino Maestro hasta el heroísmo. No se ausenta como sus compañeros cuando Jesus cae en las manos de sus enemigos, no le abandona un solo momento, y durante su pasion; jamás le pierde de vista. Ved con qué valor, al pié de la cruz desafía la crueldad de los soldados, el furor de los verdugos de Jesucristo, y toma parte en sus dolores y en su honor, y gloriándose con sus humillaciones y sus oprobios! ¡Dichoso si pudiera participar tambien de su muerte dando la vida por él! Su intrepidez y su amor, su fervor y su piedad, no encuentran superior sino en el amor, el fervor, la piedad de María, á quien toma este dichoso discípulo por modelo, antes de tenerla por Madre, y de quien sigue el ejemplo antes de poseer su cariño. Esta adhesion santa por la cruz, esta constancia é intrepidez, le merecieron el honor de ser el único apóstol testigo de la muerte del Salvador del mundo; el historiador, el depositario y el ejecutor de sus últimas voluntades.

En vano seguirá el católico en secreto ciertas prácticas de devocion hácia María, si oculta en público su fé, si se sonroja de pertenecer á Jesucristo, y de ser cristiano. ¡Oh desdichados hipócritas de la incredulidad y del vicio, mil veces más cobardes y despreciables á los ojos de Dios, que los hipócritas de la fé, de la piedad y de la